

# *Rondando a Rodó en su Ariel*

Adolfo Castañón

I

**E**l nombre del escritor uruguayo José Enrique Rodó está unido al de su libro *Ariel* (1900), breve obra fulgurante que corrió la voz de la independencia intelectual por todas las regiones de la América española y que tuvo la suerte de ser alzada como estandarte por las juventudes americanas de varias generaciones. Recuérdese que el general Bernardo Reyes mandó hacer en Monterrey, Nuevo León, la primera edición mexicana del libro de Rodó. Enrique Krauze ha evocado cómo José Vasconcelos, desde *La raza cósmica*, “retomó el tema de Rodó y le imprimió una variación original y proteica”.<sup>1</sup> Simplificado, el argumento de sus páginas cinceladas con plástica precisión es doble y uno: de un lado hace un llamado a la vida y a la esperanza; del otro, asienta una crítica demoledora a la progresiva mercantilización propagada por el modo de vida usamericano y al creciente dominio de Norteamérica y su cultura en todas las esferas de la vida intelectual. Acaso la fuerza con que se acuñó *Ariel* en el imaginario social latinoamericano se debe a la forma en que sus páginas parecen dirigirse a una aristocracia intelectual, a una minoría ilustrada con la que cualquier lector podría decidir identificarse, formando así parte de ese pueblo elegido imaginario –elegido por la imaginación de Cervantes, Calderón y muchos otros– que se adivina entre las siluetas discipulares de Próspero, el tutor hipotético que alimenta este libro con sus enseñanzas. Tal vez se debe, además, a la limpieza con que se dibuja a lo largo de sus páginas

---

<sup>1</sup> Enrique Krauze, “La invención de ‘Ariel’”, en revista *Istor*, México, año IV, núm. 15, invierno de 2003, pp. 138-142.

polémicas y a la par proteicas un mito antiutilitario, antipragmático, desinteresado y –para evocar a María Zambrano– sacrificial.

Otros motivos para expresar la fuerza con que *Ariel* ha quedado grabado en la memoria colectiva los podemos encontrar en algunas de las cartas que don Miguel de Unamuno dirige a José Enrique Rodó, unos cuantos meses después de la publicación de *Ariel*. En ellas, Unamuno alude a sus diferencias más que a sus simpatías con el uruguayo –diferencias que, por serlo, lo ayudan a entonarse y a equilibrarse–. Y es que el agónico y antagónico Unamuno se encuentra en el polo opuesto del helenismo, latinismo, catolicismo y galicismo que llevan a Rodó a concebir la vida como una obra de arte y no como una lucha, un combate, una protesta o una confesión. Coincidiendo con Rodó, Unamuno sostiene: “La raza española está *in fieri*, está por hacer, es, como dirían los escolásticos, no un término *a quo* sino un término *ad quem*, creo yo, un impulso religioso en el más hondo sentido de este vocablo, no dogmático; necesita un Tolstoi castizo, una castiza reforma. Inicióse con los místicos, con aquel poderoso anarquista San Juan de la Cruz, pero la Inquisición católico-latina la ahogó en germen”.<sup>2</sup> Para algunos latinoamericanos ese “Tolstoi castizo” sería precisamente Rodó.

La fuerza de *Ariel* estriba precisamente en esa tensión reformadora y crítica cuya ausencia ha privado y priva a la América Hispánica de una conciencia responsable y de un orden civilizado. Por eso Unamuno, con el alma grande que en él alentaba, cierra su carta escribiendo:

Aprecio cuanto de generoso, de noble, de sincero, de original hay en su *Ariel* y así lo haré constar por más que mi corazón me tire por otros caminos. Toda idealidad es fecunda y purificadora, y jamás caeré en la soberbia de suponer que se refleja en mi espíritu todo lo que el mundo necesita. Necesita de latinismo para corregir y completar nuestra acción, que por sí sola haría acaso sombría e imposible la vida del espíritu [...] ¡Qué exacto lo que me dice de que España es anciana y América infantil! [...] Su obra de usted es la más grande, a mi conocimiento, que se ha emprendido últimamente en

---

<sup>2</sup> Miguel de Unamuno a José Enrique Rodó, Salamanca, 13 de diciembre de 1900 [Carta 29], en Miguel de Unamuno, *Epistolario americano (1890-1936)*, edición, introducción y notas de Laureano Robles, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 1996, p. 105.

América. Hay que sacudir a los pueblos dormidos y que penetren en sus honduras, que en ellas nos encontraremos todos. Porque hasta los dos valores que yo creo más irreductibles en nuestra cultura, el catolicismo y el protestantismo ¿no tienen acaso una raíz común? [...] Tenemos un fin común, desde nuestros caminos nos animaremos y saludaremos y aun podremos darnos las manos porque de continuo se cruzan y entrecruzan y se confunden. Y... ¿es que hay caminos diversos? No, amigo Rodó, lo que nos une en realidad no es *mucho*, es todo. Es todo.

El saludo de Unamuno a Rodó es contundente: *Ariel* está en los caminos de América, es una obra ineludible tanto si el lector se entusiasma con ella como si va a su encuentro para polemizar. Y es que en *Ariel*, y en general en el pensamiento de José Enrique Rodó, se plantea como en ningún otro ensayo la pregunta: ¿sobrevivirá –y cómo– América Latina en los siglos por venir? Quien quiera familiarizarse con los términos en que se resuelve esta ecuación deberá leer las páginas que siguen.

Como escribe Pedro Henríquez Ureña, “las palabras de *Ariel* se escribieron en el momento oportuno [...]”. A los jóvenes americanos, continúa, “Rodó les puso en guardia contra el remedo a ciegas de una civilización que él veía como un magnífico torso, pero no como una estatua terminada, y nos advirtió a todos el peligro de que nuestra reciente prosperidad pudiera llevarnos sólo a un futuro fenicio”.<sup>3</sup>

Por eso el arielismo resulta para los americanos que hablan español, clave en la lectura de los efectos de la globalización, como expresa Leopoldo Zea en el artículo que abre *Arielismo y globalización*:

No es Calibán, sino Próspero, el que ha crecido, al crecer en este fin de siglo y de milenio la ciencia y la técnica que éste consideraba de su exclusividad. Pero se ha desarrollado tanto que hace innecesarias las materias primas que Próspero robaba de tierras arrancadas a Calibán, como también se hace innecesaria la fuerza bruta y esclava del despojado dueño de esas tierras. Es tan grande la posibilidad productiva de la ciencia y técnica occidentales que a sus productores resulta imposible consumirla. Esto plantea otro grave conflicto, la caída y fin de un desarrollo que parece infinito.<sup>4</sup>

<sup>3</sup> Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, p. 18.

<sup>4</sup> Leopoldo Zea, “Ariel, un siglo después”, en *Arielismo y globalización*, Leopoldo Zea y Hernán Tabuada (comps.), México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Fondo de Cultura Económica, 2002, p. 8.

## II

Todavía bajo el efecto traumático de la independencia de Cuba, que se libró de las tenazas oxidadas del viejo imperio español para caer en la órbita imperial de los Estados Unidos de Norteamérica, José Enrique Rodó publica en la bisagra del cambio de siglo la breve, perdurable lección llamada *Ariel* (1900). El libro (que conoció una quinta edición mexicana en 1908, promovida por Bernardo Reyes, padre de don Alfonso) es un llamado de alerta a la América española y portuguesa para que no caiga cautiva en la civilización instrumental y pragmática del capitalismo anglosajón y busque conciliar lo aparentemente irreconciliable: educación y democracia, plenitud espiritual y estado de bienestar en esas nuevas ciudades latinoamericanas donde ya conviven el sentido comercial puritano y las raigambres de la cultura europea transmitida por el catolicismo mestizo. Con el *Ariel* de José Enrique Rodó se inaugura formalmente, a principios del siglo XX, el discurso latinoamericano sobre Latinoamérica. Ese discurso –cabe recalcarlo– es un discurso reactivo, defensivo. Más aún, debe reconocerse que si *Ariel* está en el origen del moderno latinoamericanismo latinoamericano, ese origen viene acompañado, como de una sombra, de un discurso crítico –algunos dirían resentido– a propósito del modo de vida usamericano.

La utopía pedagógica de *Ariel* se inspira para llamarse a sí misma en el mundo vivo de Shakespeare, un mundo caótico donde la armonía convive con el crimen político, la fantasía utópica y la profesión carnavalesca. La caída de Cuba en manos del comercio usamericano, *la llegada* (como la llamó en su crónica el puertorriqueño José Luis González) de las tropas yanquis a Puerto Rico, las incursiones de personajes como el corsario y el peliclesco presidente William Walker en Nicaragua, el suscitando del expansionismo usamericano después de la Guerra de Secesión, van despertando en la mente latinoamericana una conciencia dolorosa de aislamiento y de rezago cultural. Si América Latina sólo puede contar con ella misma, sólo puede pensarse a sí misma a contraluz de los Estados Unidos y de su modelo político y comercial, el breve texto de José Enrique Rodó resulta decisivo en la forma de fijar los términos de referencia de una especie de internacionalismo criollo y mestizo que va de José Vasconcelos, Alfonso Reyes y Octavio Paz, a Leopoldo Zea y Carlos Fuentes. Casi podría decirse que la historia del pensamiento latinoamericano sobre América

Latina no pasa de ser una nota al pie del *Ariel* de Rodó, escolio a un escolio de *La tempestad* de William Shakespeare, a su vez caricatura teatralizada y reciclada del tema medieval del hombre salvaje o del hombre de los bosques, evocado por Roger Bartra.

El *Ariel* de Rodó quiere ser un acto de despertar político, un recuerdo de la propia soberanía prometida al despertar la Emancipación en la visión bolivariana, una memoria profética del americanismo intelectual y literario que anuncia la fundación de empresas como la *Revista de América* en París por parte de los peruanos Francisco y Ventura García Calderón. La revista de García Calderón es un instrumento precursor: se presentan panoramas, se hacen reseñas, se publican artículos de americanistas y de hispanistas sobre temas americanos, se descubren y publican nuevos escritores, tal será el caso de Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, entre otros, y está en el origen de revistas ulteriores, como la mexicana *Cuadernos Americanos* o la española *Cuadernos Hispanoamericanos*.

No habrá que perder de vista el advenimiento de Rubén Darío y de los poetas modernistas para constatar la existencia de una América que se canta a sí misma. Es cierto que las escenas y los paisajes prehispánicos ya habían sido cantados por algunos poetas Ni-Ni, como diría Roland Barthes (ni románticos ni clásicos), como el liberal y nacionalista Juan de Dios Peza.

En el Rubén Darío de *El canto errante* y *Cantos de vida y esperanza* se da la reinención del aborigen y del indígena (como en el poema “Tutecotzin”: “Mi piqueta trabaja en el terreno de la América ignota”, o en el canto optimista al desarrollo y al progreso de la República Argentina). En ellos se da la reinención de un pasado, a afirmación de una suerte de geografía mística, la práctica intensiva de las rimas imprevistas con voces de la América indígena, y de un pasado tanto más heroico cuanto más remoto. Darío sabe que en América sólo nace poesía de la leyenda de Moctezuma y de leyendas anteriores, pues el presente americano es ya entonces una edad trágica. Darío también sabe que América es la arena de un combate radical, es decir entre raíces: la prehispánica, la latina y la sajona. Darío teme ver avasallados y aun suprimidos a los pueblos y ciudades que en América hablan español y portugués, sin imaginar ni por un momento que un siglo después la propia Babilonia usamericana estará poblada de *Calibán*es, infestada por una abigarrada masa de ciudadanos de origen latino, de hispanoparlantes capaces de conformar un vasto mer-

cado mestizo. El discurso americanista de Rubén Darío está, en el orden lógico, próximo a la composición azarosa del bazar evocado por Baudelaire, y está flanqueado por dos discursos cronológicamente separados pero conceptualmente orientados hacia el mismo norte: primero el del argentino Domingo Faustino Sarmiento, que enuncia en el *Facundo* el debate consabido en torno a civilización y barbarie, luego están las ideas que el uruguayo José Enrique Rodó acuña en su *Ariel*; hacia delante los conceptos que el mexicano José Vasconcelos amoneda y vuelve de uso corriente en ese libro siempre sorprendente titulado *La raza cósmica* (1925).

Lo que ya se entrelineaba y presentía en Rubén Darío, se explaya en José Enrique Rodó y se enuncia abiertamente en Vasconcelos: si no quiere verse reducido a tribales banderías, el patriotismo hispanoamericano ha de concebirse como un racismo cultural, como una afirmación de la gente y el espíritu mestizos que habitan la patria grande, nombre con el que se llamará al continente vacío de imperio español. Afloran en Vasconcelos algunos rasgos significativos: la indiscutible inspiración teosófica que respalda su racismo visionario, el reconocimiento crítico de la querrela entre sajones y latinos como un medio superior de integración americana; la necesidad de contrastar críticamente los caracteres nacionales hispanoamericanos con la utopía económica de una Iberoamérica a la par universal y armónica, es decir cósmica; el reconocimiento de la dimensión cultural de los espacios e instituciones religiosas; en fin, la necesidad de una transvaloración, de una inversión del espejo intelectual a efecto de estar en posibilidad de reconocer la valía de la propia herencia cultural. Para José Vasconcelos el espacio por excelencia de la plenitud iberoamericana será la cultura –y no es fortuito ni gratuito que el profético lema de la Universidad Nacional Autónoma de México se deba a Vasconcelos: “Por mi raza hablará el espíritu”–: así, lo que se manifestará a través del promisorio injerto que significa la futura raza cósmica será la cruza del Cóndor y el Águila, las aves caudales del puritanismo y el criollismo católico, emblemas del nuevo *ethos*, la inteligencia viva y vivida que podríamos llamar espíritu y que es una mezcla maleable de las almas latinoamericanas, la inteligencia cultural criolla, una misión educativa de inspiración liberal y católica y un proyecto de creación cultural mestiza.

Para Vasconcelos, el iberoamericanismo es un macropatriotismo (opuesto a las “nacioncitas” y a las “soberanías de principado”), y éste a su vez es un racismo profético cuyos signos distintivos están en la cultura. Vasconcelos piensa como

filósofo o aun como profeta, pero su escritura no excluye la política, una política profética que hace de las formas de la civilización hispánica cifras palpables del espíritu iberoamericano. No hay que olvidar, por otro lado, que la segunda parte de *La raza cósmica* la componen unas notas de viaje por Brasil y Argentina; en ellas expresa Vasconcelos, con claridad, contrastes y simetrías, comparaciones, simpatías y correspondencias entre algunas ciudades de América y algunos procesos de la conquista y la colonización que dejan entrever que detrás del racismo profético había un trasunto entre intuitivo y empírico a falta de un verdadero conocimiento de las formas culturales. Aunque la visión de Vasconcelos estaba impregnada de tentadoras pero difícilmente aplicables implicaciones prácticas, tuvo un ascendiente indiscutible en el proceso ideológico latinoamericano: por ejemplo, en el pensamiento político de José Carlos Mariátegui, en la utopía latinoamericana del APRA de Raúl Haya de la Torre y, más allá, en los diversos espejismos nacionalistas que presuponían la posibilidad de una tercera vía. Y no sería aventurado decir que *La raza cósmica* sigue siendo un texto de algún modo vigente en cuanto utopía del bazar racial, es decir, del mestizaje.

De distinto talante será el americanismo concebido por Alfonso Reyes. El autor de *Ulises criollo* y el de *Visión de Anáhuac* fueron contemporáneos y compañeros de generación; compartieron el horizonte político del México que salía del incendio revolucionario. A diferencia de Vasconcelos, que apenas practicó la aventura iberoamericana en el viaje con que concluye *La raza cósmica*, Alfonso Reyes vivió durante muchos años en España; en Argentina y en Brasil casi una década, convivió con escritores y artistas de cada uno de esos países, colaboró en sus publicaciones, fundó revistas como *Libra* y *Monterrey*, y desplegó una intensa actividad tan pronto literaria y tan pronto diplomática, que queda plasmada en libros como *Tentativas y orientaciones*, *Norte y Sur*, *Historia natural das Laranjeiras*, *Última Tule*, o en ensayos como el tan citado “Notas sobre la inteligencia americana”, para no hablar de sus informes diplomáticos y de su intensa correspondencia sostenida con autores hispanoamericanos como Gabriela Mistral, Germán Arciniegas, Ricardo E. Molinari o Juana de Ibarbourou. Alfonso Reyes comparte con José Vasconcelos la idea de que existe una misión para la cultura iberoamericana. Esa misión es, en Reyes, de orden eminentemente moral e intelectual: América tiene como destino una misión de síntesis, aseo y convergencia, una vocación integra-

dora y trascendente en la medida en que –piensa él– la vieja cultura europea precisa de la mirada dinámica y generosa de América; Reyes no habla de una futura raza cósmica que se acrisolará en América; piensa, en cambio, que en la América española y portuguesa se va modelando una cultura específica si no es que una civilización, y que –sin excepción de la latinoamericana– cada cultura ha producido un tipo humano representativo.

Cada civilización –dice Alfonso Reyes– crea su tipo, su ideal humano: el “héroe” aqueo; el “magnánimo” ateniense; el *vir bonus* romano; el “paladín” medieval; el “hidalgo” y el “caballero” españoles; en Inglaterra, el *gentleman*; en Francia, el *honnête-homme*; en Prusia, el *junker*; el “hombre *sport*” (en sentido moral) en los Estados Unidos; y yo creo que, en Hispanoamérica, a pesar de todos los pesares, “el hombre cordial”. No aquel cuya voluntad “se ha muerto una noche de luna”, sino aquel cuya alma se desborda como fuente henchida a la más leve solicitud, al menor pretexto. Para Alfonso Reyes, América Latina sería cuna de un tipo singular y necesario: *el hombre cordial*, el hombre capaz de saludar a todos los hombres con el mismo respeto y simpatía y de suscitar entre ellos la concordia. A la sustancia mestiza de los pueblos iberoamericanos correspondería una vocación política y cultural: la conciliación, la convergencia, la asimilación equilibrada de las simpatías y las diferencias. Viajero incesante en su condición de diplomático, Alfonso Reyes practicará y se pondrá al servicio de una “Americanería Andante”, expresión con la que estaba designando una suerte de orden de caballería intelectual latinoamericana animada por la cordialidad y la solidaridad. Entre el “hombre cordial” y el oficio de una “Americanería Andante”, el latinoamericanismo de Reyes se presenta menos como una teoría de la integración y el mestizaje cultural que como la orientación de una práctica arriesgada, formal e informal, pues en el orden de la cultura se dará una navegación necesaria, pero que se da a contracorriente. ❧

#### BIBLIOGRAFÍA

- José Enrique Rodó, *Obras completas*, edición, introducción, prólogo y notas por Emir Rodríguez Monegal, Ediciones Aguilar, Madrid, 1967.
- Osmar González, *Sanchos fracasados. Los arielistas y el pensamiento político peruano*, Ediciones PREAL, Lima, 1996.